

¿NILO ARGENTINO?

Hace ya algunos años, veintisiete a estar a la cuenta, Monsieur Dr. S. A. Dolèris publicó un libro titulado “*Le Nil Argentin*”. (1) Antes que él, otros tuvieron la misma ocurrencia, análoga intención denominadora y a la vez caracterizadora de la región avenada por nuestro *Río Negro* patagónico. Así, el propio Dr. Dolèris cita liminarmente estas palabras del agrónomo Don Mariano Jurado: “La vallée du Rio Negro contient des terres d’extreme fertilité qui peuvent se comparer a la fa-meuse vallée du Nil”.

El libro del Dr. Dolèris — 204 páginas — ofrece observaciones muy interesantes, recogidas de modo directo por su autor. Desde luego, no puede considerarse su descripción, asaz minuciosa, como una obra definitiva. Hace un cuarto de siglo el valle rionegrense era apenas un esbozo de esperanza, algo más cierta, sin duda, de lo que reflejan las crónicas de Villarino (Año 1782), Descalzi (Año 1833), Ramírez (Año 1869), Guerrido (Año 1881) y O’Connor (Año 1883), los argonautas precursores de esta conquista del esfuerzo fecundo, que hoy asume la jerarquía de una realidad promisoría.

No conocemos el Nilo, pero a través de mil lecturas podemos forjarnos su clara representación. Están lozanas, en cambio, algunas impresiones que hemos recogido a la vera del cauce patagónico, verdadero tubo de abundancias por el cual se

(1) Pierre Roger et Cie. París.

comunican los Andes y el Atlántico en un diálogo cada vez más febril y más actual.

Simples intelecciones de viajeros nos han puesto en el examen de la comparación, que no encontramos precedente. Quizás haya surgido ésta a expensas de un impremeditado propósito estimativo del valor económico de nuestro curso de agua. ¿“Pero es necesario hablar de fertilidad — se pregunta Dolèris — cuando se advierte la extraordinaria riqueza del suelo de este valle, enteramente virgen, formado de muchos metros de espesor de tierra cultivable e irrigable, que no ha sentido jamás el contacto de un útil agrícola y del cual el análisis químico revela un tenor de elementos fecundantes suficientes para medio siglo de cosechas?”. Y agrega: “Se ha podido pues comparar sin exageración el valle del Río Negro con el valle del Nilo y entonar sus alabanzas con la certidumbre de no exagerar en nada la opinión... Mas la comparación — continúa Dolèris — puesto que emana de hombres de la más alta competencia, de conocidos ingenieros ingleses e italianos que han trabajado largo tiempo en las obras de irrigación emplazadas entre los ribazos del antiguo río egipcio, es totalmente ventajosa para el joven valle americano, porque éste permanece todavía virgen de toda producción artificial; porque recién ha nacido él a la agricultura intensiva”.

Se observa claramente que no es una reminiscencia del paisaje egipcio lo que ha dictado esta subdenominación, sino un repentismo subconscientemente económico. En efecto, si el panorama original de altas montañas y mesetas boscosas, puede parecerse *a priori*, el marco ulterior es dispar, porque las regiones biogeográficas respectivas difieren como una cabeza calva de una cabeza erizada de cabellos ralos, duros y cortos. Aquel es el desierto absoluto, éste es el subdesierto, es decir, la estepa.

Desde luego, avanzando en la observación, échase de ver que no hay analogías satisfactorias ni en el régimen hidrológico, ni en la propiedad fertilizante de las aguas, ni en la calidad de la tierra, ni en las condiciones climáticas — hume-

dad atmosférica, precipitaciones, presión barométrica, etc. — ni en las interpretaciones geológicas respectivas, es decir, en ninguno de los aspectos básicos de la fisiografía regional. Opuestos hemisferios y sobre todo opuestas longitudes, determinan, fuera de otras consideraciones de forma, diferencias evidentes entre el Nilo y el Negro. Respecto de estas últimas, no debemos olvidar que el Nilo deslízase de Sur a Norte, en tanto que el Negro lo hace de Noroeste a Sureste, particularidad que crea antagónicos órdenes de causalidades generales; el Nilo corre obediente y manso un obligado callejón paralelo al borde occidental de la meseta arábiga, a tiempo que el Negro cruza agresivo una incontinuada sucesión de mesetas hasta llegar al océano; el Nilo, el históricamente caracterizado, avena un valle de 1.200 kilómetros, doblando en distancia el recorrido del Negro; el área del valle irrigable por el Nilo alcanza a 30.000 kilómetros cuadrados, lo que representa por contraste, la mitad del área irrigable por el Negro; valle angosto y largo aquél, ancho y corto éste; el caudal medio anual del Nilo es de 600 metros cúbicos por segundo, en tanto que el Negro llega al doble de la misma medida; todos los tributarios del Nilo bajan cargados de materiales detríticos, siendo el Negro hartamente menos rico en sedimentos, ya que las aguas del Limay son de una impresionante transparencia y las del Neuquén distan mucho de ser típicamente limosas.

Una descripción somera a través de Martonne, Reclus, de la Blache, etc., nos muestra el valle del Nilo poblado densamente en pequeño espacio de un suelo anualmente fertilizado. El oasis — y aquí cabe la expresión — se extiende desde Asuan al Mediterráneo, aguas arriba del delta, por un callejón de 10 a 15 kilómetros de anchura. Las bajas tierras del delta, saneadas y utilizadas, constituyen algo así como un Egipto *ad-corpus* de 17.0000 kilómetros cuadrados de extensión. Todas estas tierras del valle y aún las del delta, serían totalmente estériles si no fuesen regadas en épocas precisas por las crecidas de río epónimo. Cuanto al clima de Egipto, es efectivamente de una extrema sequedad: 200 milímetros anuales de lluvias en

el curso medio del Nilo y 30 milímetros en el curso inferior, justamente en sentido inverso de las conveniencias, ofrecen una prueba eficaz. En los meses de Abril y Mayo, durante la primavera de su propio hemisferio septentrional, Egipto presenta un aspecto desolado. Las poblaciones alejadas del río sufren la falta de agua y la creciente deshidratación atmosférica combinada con los infaltables períodos ciclónicos, hacen que un polvillo impalpable, blanquecino, — cenizas y arcillas desecadas de la superficie — se esparza por doquiera, causando oftalmias y desazones múltiples. El *kamsin*, — famoso viento árabe de las siete semanas — viene de los desiertos marginales, sofocante, apocalíptico, como una paradójica maldición primaveral; es la estación de las célebres *plagas de Egipto*. Contrastando con tanto rigor, desde el comienzo del verano los vientos modifican su influencia; comienza el monzón marítimo y un aire fresco y suave, los deliciosos *vientos etesios*, procedentes del Mediterráneo, estimulan la vida y calman los excitados nervios. Luego, hacia Julio, pleno estío, una lágrima de Isis cae al valle, según las pretéritas leyendas y el río sagrado inicia su aluvión. Las aguas suben lentamente. Un verde oriniento de musgos de represas les da su primer tonalidad: Nilo verde. Enseguida tórnanse bermejas, cargadas de partículas volcánicas: Nilo rojo. Más tarde la crecida llega a su vórtice, las aguas se enturbian de limo fecundante: éste es el *Nilo don del Egipto* de la famosa frase herodotiana. Finalizando Noviembre, invierno septentrional, las aguas han descendido a su máximo depositando 25.000.0000 de metros cúbicos de corpúsculos detriticos en la superficie del valle milenario. Es la época de las sementeras. Entre Diciembre y Marzo el apogeo agrícola se mantiene sin oscilaciones, pero en Abril sobreviene una vertical declinación de los trabajos.

El mecanismo que regula las crecidas y estiajes del Nilo es el de las lluvias de verano en las costas tropicales del levante, las que, en este caso, se resumen en dos grandes colectores ecuatoriales: Bhar-el-Ghazal y Nilo Azul. El nivel de las fuentes originarias de estos ríos se mantiene a expensas de las

lluvias equinocciales, pero son las copiosas lluvias del estío las que provocan sus rebases. El desbordamiento del lago Tana llega rápidamente por el Nilo Azul a la confluencia con el Nilo Blanco, portador de detritos volcánicos de la meseta de Abisinia, iniciándose así la crecida en el valle egipcio (1). La rica fertilización que aportan sus cenizas, no bastaría sin duda a los fines de una agricultura tan intensa como la que allí se registra, si el Bhar-el-Ghazal no complementase tan oportunamente el proceso fertilizador. En efecto, el rebalse de su vasta cuenca original, se verifica progresiva y mansamente. Sus aguas van extendiéndose sobre los altos cañadones de la meseta inferior, retardadas en su avance por la compacta vegetación regional. Así pues, al producir sus máximas crecidas de verano, el Bhar-el Ghazal descende, plétórico de limo, a buscar contacto provechoso con el Nilo Blanco, el más distante precursor de este sistema.

En síntesis, si el Nilo Blanco se encaminara al mar sin recibir aporte en su trayecto, mantendría una pobrísima corriente, más o menos constante hasta su curso medio, desprovistas sus aguas de aptitudes fertilizadoras, en grado importante. Si por su parte fuera el Nilo Azul el que marchase solo, ofrecería una gran crecida de verano, rica en cenizas volcánicas en suspensión y se reduciría de inmediato a un hilito imperceptible en invierno y apenas interesante en primavera y otoño. A su turno, el Bhar-el Ghazal, si actuara solo, luciría una gran crecida de fin de verano, opulenta de detritos húmiferos y al punto se reduciría hasta desaparecer. Es explicable entonces que el Nilo, en su periódico hinchamiento alcance un caudal de 9.000 metros cúbicos por segundo y que se empobrezca a una escala 22 veces menor durante los 8 meses de la bajante subsiguiente. Se explica también que los 1.500 gramos de limo que acarrearán sus aguas en alce, por metro cúbico, se reduzcan a 50 gramos mientras subsiste el pro-

(1) Sin embargo, "El dominio sobre el lago Tana no ha significado nunca el dominio sobre el Nilo Azul ni sobre los destinos de Egipto". Hamilton Wrigh, "La Prensa", 8 de Mayo de 1938.

longado descenso. Corresponde recordar el aporte del río Atbbara, que sin ser de la magnitud de los anteriores contribuye en ocasiones con exceso a la crecida del Nilo. Cuando no existían las barreras o represas con que se regulan actualmente los servicios de riego, si el agua pasaba la marca de 8 metros, en el Cairo, devenía perjudicial; si no alcanzaba la marea de 7 metros, tornábase insuficiente para las cosechas.

En lo que concierne a las características agrológicas del valle egipcio o lo que es lo mismo, a las condiciones de su suelo para los fines del trabajo extractivo de la agricultura, cabe tener presente que los desiertos de Nubia, Libia y Arábigo, se hallan cubiertos de esquistos cristalinos en forma de areniscas flojas, procedentes de la activísima disgregación mecánica del Sahara Central, — montes Tibesti (Tasil) — incesantemente multiplicada por el acarreo eólico. Partiéndose de tal concepto, el valle del Nilo constituye una excepción, un auténtico y milagroso oasis entre 10.000.000 de kilómetros cuadrados de desierto. Su piso es sedimentario, ciertamente, pero la profundidad de sus estratos vegetales no guarda relación con el largo trabajo aluvional realizado por el Nilo. Los vientos que encrespan de olas aquellos inmensos mares de arena que lo encuadran, lo desposeen, sin descanso, de sus tierras húmíferas. De otra parte, la formidable y milenaria cultivación a que están sometidas, ha terminado por reducir a tal extremo su valor edafológico, que su productividad no queda librada a la copiosa fertilización natural, como en los tiempos del simple cultivo por inmersión, sino que es cada vez más necesario apelar al abono y a la racionalización de las tareas correspondientes. (2)

II

Ensayaremos una somera descripción de nuestro valle. No es en sentido estricto, un oasis. A diversidad de lo que acon-

(2) Egipto cuenta con 16.000.000 de habitantes. El área disponible para sembrar es de 2.600.000 hectáreas, en total. Hamilton Wright, id. id.

tece con el Nilo, que afecta la significación de un rasgo ecuménico excepcional en medio de los desiertos más extensos y más áridos del globo, el valle del Río Negro, al cruzar — repetimos — un país de mesetas y hondonadas ricas de vegetación xerófila de indudable interés económico desde que admite el desarrollo espaciado de la ganadería, si bien contrasta con la espléndida y múltiple vegetación del valle no ofrece aquella misma alternativa radical.

El Negro nace junto al meridiano 68, latitud Oeste y a 38 grados al Sud del ecuador. Su valle ocupa una superficie de 60.000 kilómetros cuadrados, recorriendo hasta llegar al Atlántico 650 kilómetros aproximadamente. Su desembocadura, acantilada y expuesta a los embates de las mareas patagónicas, carece de delta. Sus altas islas interiores, como la justamente famosa de Choele-Choel, otorgan al paisaje características muy particulares. Las tierras del valle del Negro no serían forzosamente estériles si por cualquier motivo disminuyera o les faltara durante todo un año el caudal de su río irrigador, porque ni su tenor edafológico depende directamente de la acumulación detrítica de cada período, ni carece el valle de corrientes freáticas como para considerarlo yermo, ni hay ausencia absoluta de humedad atmosférica, ni las lluvias en él son tan mezquinas como para considerarlo, bajo las condiciones más adversas, un desierto.

Son en sí mismas, como lo expresa Doléris, tierras de una asombrosa fertilidad. Las noticias geológicas de esta región lo corroboran. Trátase de esa área de solevantamiento cubierta de mantos basálticos y rodados tehuelches que conocemos con el nombre de *Patagonia extra-andina*, cuyos orígenes tectónicos, de ascenso y descenso, pertenecen a los períodos secundario superior y terciario oligocénico. Testimonio de la erosión glacial que sucedió a dicha formación, el valle es una brava fisura por donde las aguas del deshielo marcharon hacia el mar realizando el trabajo sedimentario consiguiente. La acumulación en el valle ha consistido primeramente, en rocas graníticas diversas de gran tamaño y en gravas, arenas, cales,

arcillas y humus, después, en proporción relativa de dos metros de espesor; estrato magnífico que representa el suelo arable de la actualidad. Las condiciones fisicoquímicas del terreno, según se advierte en los análisis que el propio Doléris ofrece en su obra y que concuerdan con numerosos estudios posteriores, no pueden ser más favorables.

Climáticamente, el valle rionegrense no integra, como es creencia divulgada, las regiones patagónicas áridas. Si bien la mayor parte del territorio nacional de Río Negro, cuya extensión es de 201.000 kilómetros cuadrados, queda contenido dentro de las líneas de 200 milímetros de precipitación anual, debe destacarse que el valle de Río Negro, desde su nacimiento hasta su desembocadura, cruza una banda de lluvias ascendentes de Oeste a Este, contenidas entre las isohietas de 250 a 500 milímetros, es decir que todo él avanza por una región que de ninguna manera puede considerarse árida. Por otra parte, sin aludir aún a las características hidrológicas del Negro, las lluvias de su cuenca imbrífera, aunque escasas, distribúyense proporcionalmente durante todo el año, siendo de 30 a 35 milímetros las medias de Enero y de 15 a 20 milímetros las medias de Junio. Contrastan pues en este aspecto fundamental el valle del Negro y el valle del Nilo, como así en el régimen de los vientos. Estos son constantes aquí, de Oeste a Este, pero en el curso inferior soplan, en verano, vientos cálidos y húmedos procedentes del Atlántico.

Como se ve, no existe en el valle rionegrense una larga estación desprovista de toda posibilidad y bastará tener presente las oscilaciones hidrológicas del río para convergerse. Navegable en todo su curso por embarcaciones de menor calado, su profundidad y caudal medios al nacer de la confluencia del Limay con el Neuquén son de 2.12 metros con 4.179 metros cúbicos en primavera; 1.43 metros con 796 metros cúbicos en verano; 0.77 metros con 418 metros cúbicos en otoño y 1.85 metros con 1.205 metros cúbicos en invierno. Se observará que estaciones opuestas registran los máximos caudales relativos y que aquellas medias estacionales brindan las siguientes me-

días anuales: 1.55 metros de profundidad y 1.650 metros cúbicos de caudal por segundo. Y como esos caudales máximos relativos exceden enormemente a las necesidades de las respectivas estaciones, ha podido regularse con obras incompletas el nivel inherente a las exigencias del valle superior para toda y cualquier época del año. Sucesivas represas en el valle medio e inferior determinarán en el futuro el aprovechamiento total del mismo y eliminarán el riesgo de las crecientes extraordinarias.

El mecanismo que actúa sobre el régimen del Negro es muy distinto del que corresponde al Nilo. Aquí son las lluvias invernales de la región extra-andina, tan copiosas en las faldas orientales, que superan a 1.500 milímetros en la sola estación, las que lo favorecen con tanta oportunidad. En verano las lluvias decrecen, pero el deshielo continúa. En primavera las lluvias y el deshielo marcan los puntos altos de los repuntes anuales. En otoño el aporte lo realizan, en menor escala, las lluvias cordilleranas, que alcanzan su máxima intensidad en invierno. Es pues la primavera la que colma con mayor vigor los maravillosos lagos de la región andina, originando los repuntes recios del Limay y el Neuquén. El nivel de estos cauces no cede jamás, como en el caso de los afluentes del Nilo, hasta anularse o hasta quedar reducidos a proporciones despreciables. En los días de su más acentuado descenso podrán navegar por ellos embarcaciones hasta de 3 pies de calado y en ningún momento se les podrá cruzar con otros medios sin precauciones. Las aguas del Limay se deslizan limpidas y rumorosas sobre un lecho de multicolores cantos rodados, conservando su transparencia hasta arribar a los meandros del amplio cañadón confluyente; las del Neuquén, por atravesar zonas de intensa combustión vegetal y recibir el aporte de numerosos cauces que se organizan también sobre faldas muy ricas en cenizas y deyecciones vegetales, van empobreciéndose en su avance hacia el cañadón confluyente, pero no a tal extremo que sean sus detritos lo que más interese de su propia configuración y eficacia. De modo pues que a escasos kilóme-

tros, en la misma hondonada conocida con el nombre de *Confluencia*, puede verificarse el contraste de estas dos corrientes: pura, fresca y gárrula, la del Limay; enturbecida, hosca y máscula la del Neuquén. Hemos pensado que si el Limay se llamara con un nombre de mujer, surgiría fácil el simbolismo de la fecundación...

En resumen, si el Limay actuase solo, el Negro mantendría más o menos la mitad de su caudal medio, aunque desprovistas sus aguas de elementos fertilizantes; si por su parte el Neuquén fuese solo, el Negro mantendría, como es obvio, la mitad de su caudal medio, sin diferencia en cuanto a las aptitudes fertilizantes de sus aguas. En uno u otro caso, subsistirían las variantes específicas de su régimen hidrológico.

III

No hay en este valle rionegrense período de desolación. Se goza en él un clima maravilloso, seco, sano, templado, sostiene entusiasmado Doléris: “qui nous rapelle le midi de notre France”. No poco se burla el autor de *Le Nil Argentin* de sus informantes criollos, que excesivos en las previsiones, le recomiendan en vísperas de su viaje primerizo, proveerse de espejos abrigos. “Nuestra primera excursión efectuada a fines de Junio, primer mes del invierno argentino, habría podido inspirarnos por adelantado alguna inquietud, si hubiéramos tenido por ciertas las apreciaciones pesimistas de algunos amigos de Buenos Aires. Debíamos encontrar un frío intenso y recoger reumas y bronquitis. Es una opinión harto expandida, en efecto, en la capital argentina — dice Doléris — que un invierno riguroso reina es esta región del Sud”. Y agrega sentencioso e irónico: “Es cierto que muy pocas personas la conocen. Es el hecho que acerca de este punto, hemos soportado la más agradable de las desilusiones. Si las noches son bastante frescas — 6 grados centígrados — de un frío desde luego muy soportable gracias a la ausencia absoluta de vientos, los días son tibios y espléndidamente soleados”. Y una

fotografía muestra a Doléris en actitud vengadora: aparece con varios funcionarios compartiendo una comida al aire libre, sin sobretodo, en pleno invierno patagónico: “Si c'est l'hiver, c'est l'hiver de Nice o de Pau”.

Luego, si ni en sus regímenes hidrológicos, ni en las aptitudes fertilizantes de sus aguas, ni en sus características geológicas, ni en la calidad de sus tierras, suelo y subsuelo, ni en la temperatura, ni en su humedad atmosférica, ni en sus precipitaciones pluviales, ni en las normas de los vientos, es decir, en ninguna de las causas y de los efectos-causas de la fisiografía regional pueden compararse el Negro y el Nilo, ¿a qué viene la subdenominación comparativa?. Es indudable por lo demás, que a tales diversidades de suelo y de clima han de corresponder manifestaciones biológicas igualmente diferenciadas. ¿En qué se funda pues, la comparación, que Doléris encuentra procedente y abonada por juicios anteriores al suyo de “hombres de la más alta competencia, de conocidos ingenieros ingleses e italianos que han trabajado largo tiempo en las obras de irrigación emplazadas entre los ribazos del antiguo río egipcio”, a tal extremo que resuelve intitular su trabajo con la propia subdenominación comparativa “*Le Nil Argentin*”? ¡Pero si todo el libro de Doléris, interesante, denso, metódico, no es sino una prueba opuesta a la existencia de un *Nilo Argentino*!

No existe tal *Nilo Argentino*. No existe en el sentido del paisaje ni en el sentido de la presencia humana. Doléris ha sido una pupila alerta en todo, menos en este punto de la denominación comparativa. Es sensible, porque este libro en su género descriptivo, no ha sido superado y espera una inteligente traducción, con acotaciones actualizadas.

El valle del Río Negro, en efecto, más que un esbozo de esperanza, es, lo refirmamos, una realidad promisoría. No caeremos en la vulgaridad de exagerar sus méritos. El exceso de alabanza en las perspectivas materiales con que suele aludirse a las llamadas *nuevas tierras*, ha constituido el comienzo del drama de muchas vidas y acaso el enervamiento de numerosas

tareas constructivas que se anunciaban hermosas. Aluviones humanos heterogéneos se precipitan sobre las áureas *nuevas tierras* y lo que al principio parece bendición creciente de paz y de trabajo, truécase al instante en feria mórbida, donde la especulación levanta sus tiendas amenazando a los que anhelaron vivir en la probidad y en el esfuerzo saludable.

Bajando de los Andes por las altas planicies que muestran sus rostros de piedra en una atmósfera de luz, de silencio y lejanías que no tiene igual, hemos recorrido este valle imprevisto, en cuyo seno pareciera palpitar una *Nueva Argentina*. Antes de unir sus aguas el Limay y el Neuquén, ya se extienden a diestra y siniestra de sus márgenes, colonias satisfechas bajo la gracia del riego. He aquí Plottier, riente junto al Limay; y allí Colonia Centenario y Neuquén a la vera del río homónimo y más allá Cordero, la Picaza, Cinco Saltos y Cipolletti, asomados al canal principal, por una galería de sauces y de álamos que nunca se interrumpe. Más abajo un laberinto de islotes por entre los cuales ambos ríos andinos se abrazan y se confunden uniendo simbólicamente sus destinos; este es el paraje denominado Confluencia, a 260 metros de altura sobre el nivel del mar y distante 650 kilómetros del Atlántico. Sin solución de continuidad se suceden las villas florecientes por más de 200 kilómetros y de trecho en trecho centros de rebosante estructura urbana, Fuerte General Roca, Allen, Villa Regina, ofrecen su optimismo de sólidas ciudades del porvenir. Continuando la ruta, el valle recobra poco a poco su fisonomía natural; pueblos en formación, Chinchinales, Chelforó, Chimpay y tantos otros. Entre una barda y otra los *mallines* sonríen en las hondonadas. Rebaños y tropillas triscan por ahí tréboles y alfalfas providencialmente sembrados por las aguas desbordantes. Promediando el curso, la población de Choele-Choel eleva, sobre la margen izquierda del Negro, su caserío calcáreo. Aquí el río se abre en dos ramales que aprisionan la isla Choele-Choel de 50 kilómetros de largo. Algo más adelante, otra isla menor sigue la misma línea, Choele-Choel Chica, cubiertas ambas de un espléndido tapiz

vegetal y rodeadas de gigantescos sauces. Ya hacia el perfil inferior del curso el poblado de Conesa a la derecha del ribazo espera seguro el turno de su prosperidad. Finalmente y como compartiendo el privilegio de ubicarse a la boca de este generoso tubo de abundancia, se emplazan Viedma, capital del territorio, y Patagones, la ciudad más austral de la provincia de Buenos Aires.

IV

Queda claro que sobre los 201.000 kilómetros cuadrados de superficie con que cuenta el territorio, solamente los valles del Limay — margen derecha —, del Colorado — margen izquierda — y del Negro — ambas márgenes — constituyen las tierras de promisión de Río Negro. La mayor parte restante, excepto los valles andinos, se encuentra sometida a luvias que no alcanzan a 200 milímetros anuales y a los efectos de una excesiva radiación solar. Queda expreso, asimismo, que la importancia alcanzada por el valle del Negro es única y que siendo ella consecuencia inmediata de las obras de irrigación circunscriptas por ahora al curso superior, éste es el centro vital del territorio. Numerosos lugares se prestan para una abierta ganadería ovina — 800 a 1.500 ovejas por legua en los campos naturales, aguadas, cañadones y mesetas —; en otros, la explotación de salares es ampliamente posible, pero el núcleo real del interés económico de Río Negro es este valle y no otro. Su pujanza la revelan datos varios, absolutamente serios que tomamos de publicaciones, que no detallamos porque no nos hemos propuesto un estudio especial de su economía. En el año 1930 el valle destinaba 5.600 hectáreas al cultivo de la vid y 4 años más tarde — en 1934 — esas plantaciones cubrían 17.000 hectáreas. Este impresionante incremento ha sido causa de alarma entre los productores vitivinícolas de la región cuyana y esta es la hora en que se pretende sofocar los impulsos magníficos de la viticultura rionegrense. Una desventaja, como se advierte, de la carencia de significación

política de los territorios con relación a los estados competidores autónomos, prevalidos de su influencia en los asuntos de gobierno.

La industria frutícola en el año 1933, comprendidas peras, manzanas, duraznos, ciruelas, y cerezos, alcanzaba a 15.600 toneladas y en 1935 a 25.200 toneladas con 1.260.000 cajones de tipo común. La producción calculada para el año 1936 ha sido de 2.000.000 de cajones y la correspondiente al año 1937 supera a 2.650.000 cajones: 1.200.000 cajones de peras y 850.000 cajones de manzanas.

Cualitativamente la fruta del valle asume categoría de producto internacional. Se habla de insuficiencia alcohólica de sus vinos, sobre todo para los fines de su conservación. Nosotros los hemos bebido muy buenos de diversas cosechas, pero carecemos de criterio técnico para juzgarlos. Sabemos sí que los frutales adquieren rápida y eficaz lozanía. Cada manzano de 10 años de edad produce cíclicamente 6 cajones de fruta de 20 kilogramos, y que es común recoger manzanas que pesen de 400 a 500 gramos, habiéndose dado ejemplares de más de 800 gramos de peso. El último censo completo, efectuado en 1932, arrojó las siguientes existencias de troncos: perales 1.428.000; manzanos 504.600; durazneros 18.000; ciruelos 3.000. Puede estimarse un aumento del 10 al 15 por ciento hasta la fecha, en número de plantas.

Alfalfa, avena, cebada, centeno, trigo, maíz, remolacha, papas, hortalizas, todo cultivo, en fin, expresivo de una región fitogeográfica en que suelo y clima se aúnan en perfecta armonía, es susceptible de efectuarse — y en mayor o menor escala se efectúa — en este valle de excepción. “La conclusión será que toutes les espèces cultivées en France peuvent prospérer sous ce climat”, sentencia Doléris. Tal vez los frutales típicos del clima mediterráneo europeo, olivo, nogal, higuero y citros sean los únicos inadaptables a la arboricultura rionegrense. La alfalfa logra aquí un desarrollo admirable. Doléris lo destaca en estos términos: “...en los valles del

bajo Neuquén y del Río Negro, la calidad de la tierra, la profundidad de la napa acuifera que varía de 1 a 6 y 7 metros, la facilidad de la irrigación superficial, concuerdan con todas las exigencias requeridas". Refuézase su afirmación en dos sólidas opiniones, una del ingeniero agrónomo, profesor Jofrin, que dice: "La alfalfa es ciertamente la planta mejor adaptada a estas regiones; encuentra en ellas la cal y la potasa indispensables a su completo desarrollo. Logra además a escasa profundidad el agua necesaria a su vegetación. Su duración, por así decirlo, no reconoce límites. Se ven alfalfares de más de 24 años en perfecto estado de productividad. Las hierbas malignas no pueden rivalizar con nuestra leguminosa y su fuerza vegetativa es tal que mata a todas las otras plantas. Hemos visitado un alfalfar excelente, en el cual la siembra ha sido, en totalidad, aportada de los alfalfares vecinos por las aguas de la irrigación". La otra es de Don Manuel M. Zorrilla, fuerte propietario en el valle que manifiesta: "Por su abundancia, su enorme desarrollo, su vigor y sus propiedades nutritivas, esta planta forrajera toma, en el río Negro, una importancia considerable; no se le podrá comparar en cuanto a su poder alimenticio, para el mantenimiento y engorde del ganado".

Muy elevados rendimientos se obtienen del cultivo de la remolacha y no es difícil que Chelforó, colonia en plena gestación, se convierta en un gran centro fabril. El trigo se cultiva en el valle inferior, más allá de Conesa, donde las perspectivas de maduración aumentan al amparo de veranos más acen tuados. Sin embargo no es de esa índole el destino agrícola del valle inferior. Amplios prados forrajeros y de cultivos mixtos, ligeramente distintos a los del valle medio y superior ocuparán estas tieras en su totalidad cuando las obras de irrigación las favorezcan. Vendría esto a demostrar que el valle rionegrense no actúa a manera de un superpuesto país agrario, competidor en ciernes de otras regiones donde el *mens agrícola* tiene su verdadero asiento fisiográfico. Tampoco actúa en competencia con otros ricos valles irrigados, del norte o

del oeste, porque difiere de ellos, agrológica y climatéricamente, de modo radical.

V

La actividad humana en este valle es sobremanera original, comparada con el resto de la Nación. De los 70.000 habitantes del Territorio, tres cuartas partes se arraigan aquí. Su crecimiento se mantiene firme y ello es tanto más expresivo cuanto que la Nación en general se halla frente a un problema de despoblación que representa uno de los más ridículos pródromos de su desenvolvimiento.

Distinguimos entre los rionegrenses al *pionero*, al cultivador intrascendente, al comerciante y al artesano, como prototipos de la actividad general. El pionero es el hombre de empresa, industrial-fabril o industrial-campesino. Se llamará Plottier, Zabaletta, Mac Call, Piñeyro, Pearson, Zorrilla, Belloni, Graham Yool, Herriot, Innes, Hermann Horler, Leloir, Hosman, Etchart, etc., y ha constituido el capital de avance, el arranque, el "demarrage" del progreso regional. Contingencia explicable de su acción, él retiene tierras y extensiones privilegiadas. Ha soportado crueles estadios de incertidumbre, pero ahora le compensa la producción y la *plus valía* ascendente de sus bienes. Al acto de presencia de los capitales *pioneros* débense las construcciones de embalses como el de Contraalmirante Cordero y sus secciones complementarias, a todo lo cual prestó inicial apoyo el presidente Sáenz Peña; débense los puentes de Confluencia, las obras viales y ferroviarias que aseguran el acceso cómodo y rápido al litoral atlántico y a la cordillera; la atención técnica del problema frutícola en todos sus aspectos, etc. etc. El cultivador intrascendente representa con mucha probabilidad las dos terceras partes de ese conjunto humano, porque, exceptuando cuatro o cinco poblaciones a todo lo largo del valle, Neuquén, Cipolletti, Roca, Viedma, el campesino mantiene aquella supremacía numérica que era tan auspiciosa para nuestro país y que tan

desgraciadamente ha obliterado. Este es el hombre disperso en el valle, propietario o arrendatario en parcelas de 5 a 10 hectáreas, tierra que a veces alcanza precios impresionantes. Hombre de buen humor, generoso como el paisaje que lo acoge, varío en la raza pero argentino en el idioma, en los gustos, en las preocupaciones.

El comercio fluctúa entre el micro y el macro capital, dando las pautas de lo nuevo y lo próspero. Hay comerciantes de todas las procedencias: itálicos, turcos, rusos, franceses, españoles, alemanes, originarios o descendientes, pero todos sometidos al denominador común de lo argentino, afirmación que no pretende desconocer la existencia de aspiraciones de conquista y dominación periódicamente denunciadas. Es ésta una de nuestras más auspiciosas impresiones. No hay barrios raciales, ni poblaciones selladas étnicamente con un sello exótico. En general todos los comerciantes son de una u otra manera acopiadores y practican el trueque en especies. Por mercaderías que entregan reciben frutas y forrajes. Es común que tengan a su vez clientes en distintos puntos del país, destinatarios de tales productos. Otras veces los transfieren a firmas locales que operan en mayor escala. Las hay que constituyen verdaderos monopolios cernidos peligrosamente sobre tanto optimismo... De todos modos, el comerciante adquiere en este medio un perfil de excepción: todo parece depender de él, menos el progreso específico del valle. No ocurre lo mismo con el artesanado constituido por obreros clasificadores y embaladores de frutos, peones de bodegas, de aserraderos y de las obras de riego, que llevan una existencia ocupada, dentro de un *standard* mucho más tolerable que el que se observa en cualquier otra parte del país. Hay artículos encarecidos pese a la competencia de los comercios, pero la vivienda y la alimentación en general se alcanzan en buenas condiciones. Se nos ha informado que el servicio hospitalario es eficiente y que los hábitos son sanos.

La educación pública exhibe un excelente estado relativo, con locales modernos en las villas importantes y con satis-

factoria concurrencia de educandos. Es en la población extranjera adulta donde se verifican los casos más frecuentes de analfabetismo.

Las preferencias en punto a diversiones, son para el cinematógrafo. Se comprueba, además, una tendencia a los deportes: basket-ball, foot-ball, tennis y otros de esa índole.

VI

Vida plácida en tierras promisorias. No obstante, no se carece de grandes preocupaciones colectivas, que empañan un poco los horizontes del valle rionegrense. La tiranía de las distancias de los mercados consumidores, por ejemplo, no ha sido conjurada. Las tarifas ferroviarias que no son peores que las vigentes en el resto del país — y hasta podría afirmarse que suelen ser mejores —, plantean un constante problema. La empresa del F. C. Sud mantiene la hegemonía de la circulación y aunque está dentro de sus cálculos racionales contribuir en primer término al adelanto de la región, los largos trayectos oponen su rigor algebraico a la ilusión de ventajas mayores. Sin duda el coeficiente volumétrico en avance facilitará más aún el transporte, contribuyendo a resolver tan arduo asunto; pero el Estado debiera continuar algunos esfuerzos encaminados a abreviar el trance evolutivo. Se estudiaban hace algunos años procedimientos de navegación adecuada — hidrodeshlizadores — acerca de lo cual no se poseen mayores informaciones. Por otra parte, la vialidad, si está atendida entre las poblaciones de Neuquén y Choele-Choel, deja mucho que desear entre esta última y Patagones. Así y todo el transporte auto-motor evoluciona notablemente.

Otro serio problema que se cierne sobre el valle es el de la mal llamada superproducción. Se ha visto cómo el ritmo productor eleva las cifras año por año. Nada autoriza a reclamar continencias totalmente reñidas con leyes naturales. No obstante, el valle sufre ya las consecuencias de una regulación que no trepidamos en calificar de desleal, en su producción

vitícola. ¿Qué argumentos se esgrimen para limitar los cultivos de vid y aún para obligar al destronque de viñedos en plena fructación?: amparar capitales industriales de la región cuyana, so pretexto de que superando la oferta a la demanda de vinos, queda comprometida la suerte de la industria respectiva y con ella la de las viejas regiones vitivinícolas. Los procedimientos que se han seguido, empleándose para ello decenas de millones de pesos del erario público, demuestran, en sus resultancias inmediatas, que son equivocados, porque los viñedos subsistentes, mejorados por motivos obvios, han producido para compensar con creces los efectos de la extinción, manteniendo los mercados en las mismas condiciones. El inútil tributo pagado por el valle a los fines de esas fórmulas económicas puede agravarse aún. Se habla, efectivamente, de pedir la creación de un sistema regulador de la producción y el comercio frutícolas. Lo gestionan los explotadores en gran escala, aduciendo razones parecidas, o sea la depreciación pertinaz de los productos, motivada por varios factores entre los que se cuenta la excesiva y creciente producción. Pareciera pues que la abundancia es el enemigo número uno del país. ¡Y cómo se vuelve absurdo todo esto cuando se piensa en que el 70 % de la población de la República está privada hasta de los sobrantes de tanta provez!. Censuramos por errónea la actitud de los grandes productores riogrenses en cuanto pretenden ampararse en los ilógicos y anti-jurídicos recursos de la economía dirigida para resolver cuestiones que sólo ellos podrán abordar con estricto criterio. ¿Hay quién admita el argumento de la superproducción de frutas sabiendo que aún en hogares donde se atienden normalmente las necesidades comunes, adquirir una docena de manzanas constituye una dificultad en cualquier época del año? Se ignora que la fruta continúa siendo artículo de lujo en el país? Podría acontecer que una junta reguladora, integrada por fruticultores influyentes, dejara momentáneamente satisfechos a ciertos sectores interesados en forma prospectiva en la resolución del problema, pero el valle se dispondría a matar la ga-

llina de los huevos de oro. No otra cosa significarán las limitaciones de cultivos.

El productor de buena fe, ya en franca marcha sus plantaciones, debe ahora atender las peculiaridades del consumo. Debe hacerlo asociando al Estado. Destrozar la hidra intermediaria inútil organizando leales tipos de venta; arbitrar medios inteligentes de circulación; almacenar en centros estratégicos, con vastos frigoríficos, los productos a distribuir gradualmente; mejorar la calidad e internacionalizar su comercio. No faltan en el valle mente y espíritu cooperativos. Bodegas, aserraderos, plantaciones, comercios, que pertenecen a asociaciones prósperas, lo atestiguan. Aunar el esfuerzo con la visión patriótica de un porvenir cada vez más espléndido es en realidad lo que cuadra; de ninguna manera acogerse a prerrogativas repugnantes al espíritu de nuestras instituciones y a las prácticas tradicionales de nuestro desenvolvimiento económico.

Salvados los riesgos que derivan de la deficiencia de los transportes y de la irregular comercialización de sus productos, este valle acreditará en cincuenta años sus excepcionales condiciones. El *kansim* y los *etesios* seguirán soplando en el valle egipcio sobre formas milenarias; sobre las pretéritas rutas faraónicas el Nilo continuará brindando su don sacramental. Aquí en cambio, ciudades modernas, empinadas sobre el filo amurallado de las bardas, escutarán en la grandiosa perspectiva patagónica la victoria de las tierras malditas transformadas por el esfuerzo de generaciones visionarias, en tierras de bienestar.

P. OSCAR MURUA